

## 6

# DESARROLLO AGRÍCOLA, TRANSFORMACIONES AGRARIAS Y AGRO-PESIMISMO EN ÁFRICA

Carlos Oya  
Antonio Santamaría

## Introducción

El sector agrícola es sin duda extremadamente importante para África Subsahariana. Su importancia en términos de porcentaje del PIB varía bastante entre países pero suele rondar el 20-35%. Es en otros indicadores donde su relevancia es más evidente, como es el caso del empleo, pues en muchos países africanos más de dos tercios de la población activa trabaja en la agricultura (Sender, 1999). También es un sector que genera muchas divisas y para muchos países puede suponer más del 50% de los ingresos por exportaciones (UNCTAD, 1998). Su importancia también se puede medir en términos de los vínculos con otros sectores, como el transporte y comercio rurales, las industrias agroprocesadoras y los servicios a la agricultura (fabricación de utensilios, abonos químicos, pesticidas, etcétera).

Este capítulo se centra en la cuestión del desarrollo y las transformaciones agrícolas en África, sus perspectivas, la economía política de las estructuras agrarias y sus cambios y los debates sobre estrategias de desarrollo diferentes. En primer lugar, el capítulo trata de presentar una imagen algo menos pesimista de lo que estamos acostumbrados. El argumento principal es que, en contraste con las posiciones más pesimistas y fatalistas, y teniendo en cuenta la escasa fiabilidad de las estadísticas oficiales y los sesgos más plausibles, hay evidencia empírica sustancial de desarrollo y éxitos agrícolas en muchas partes del continente, lo que implica que no se puede tachar la experiencia *agregada* desde la independencia simplemente de fracaso. También se plantea que las comparaciones con Asia, por ejemplo, carecen en muchos casos de fundamento, dadas las diferencias en condiciones iniciales, dotaciones relativas de recursos y en la economía política de los países en cuestión. El capítulo explora algunos de estos éxitos y destaca el papel importante del Estado en la gestación y manejo de estos casos de éxito. Esta parte también puntualiza que los datos han sido muchas veces manipulados, interpretados y manejados de acuerdo con las perspectivas ideológicas dominantes, sean neoliberalismo, neopopulismo, dependencia o marxismo clásico.

En segundo lugar, el capítulo también trata de la importante diversidad de estructuras agrarias dentro del continente y la necesidad de analizar el desarrollo agrario en relación con estructuras existentes y cambios a largo plazo. El contraste más claro se establece entre las estructuras de países que tienen poblaciones de «colonos» agricultores (África Austral) y las de países del Sahel donde la inserción de las agriculturas nacionales en las dinámicas de producción capitalistas para la exportación tomó formas diferentes.

Tercero, repasamos los cambios en los regímenes de políticas agrícolas, sus determinantes y efectos principales. Especialmente nos centramos en la transición de modelos de desarrollo agrícola fuertemente dirigidos por instituciones paraestatales a la liberalización agrícola y la retirada del Estado como principio básico del ajuste estructural en la agricultura. Estas transiciones manifestaron especificidades que confirman la importancia de la diversidad de experiencias. También hacemos hincapié en la importancia de los efectos distributivos de los cambios de políticas agrarias, en términos de los que «ganan» y «pierden» y las dinámicas de cambio social asociadas. Esto es importante también para entender otros procesos como la urbanización, migraciones y la incidencia de conflictos. Finalmente, en cuarto lugar, nos ocupamos de tendencias más recientes como la inserción de subsectores agrícolas de determinados países en las cadenas de valor/producción/distribución (*commodity chains*) globales, y reflexionamos sobre algunas implicaciones.

## ¿Una crisis agraria grave y permanente? Agro-pesimismos africanos

Entre las varias dimensiones del «afro-pesimismo», el «agro-pesimismo» figura en un plano privilegiado. Muchas de las versiones más apocalípticas de lo que ocurre en África suelen centrarse en las hambrunas o crisis de «seguridad alimentaria» (en el Cuerno de África, el Sahel o África Austral especialmente en 1972, 1984-1985, 1992 y 2000) y el supuesto mal estado nutricional imperante en el continente, con base en comparaciones entre África y el resto del mundo relativamente más desarrollado<sup>1</sup>. Esta visión suele plantear que uno de los problemas principales del continente es su incapacidad de generar una producción de alimentos suficiente y, sobre todo, estable. De ahí frecuentes llamadas e intervenciones para mejorar la «seguridad alimentaria», llegar a la autosuficiencia alimentaria y reducir la vulnerabilidad a las hambrunas a través de una agricultura mejorada y orientada al autoconsumo<sup>2</sup>. Incluso se achaca parte de estos males a la orientación hacia los cultivos comerciales y de exportación.

---

<sup>1</sup> Es curioso que muchas de las versiones pesimistas se derivan de perspectivas a priori diferentes desde un punto de vista ideológico, por un lado los neoliberales que manejaron estas visiones para justificar el ajuste estructural de los años 80 en adelante y demonizar las intervenciones estatales, y por otro lado los «populistas agrarios» que, también críticos de las intervenciones estatales, se centraron más en los factores externos (como los precios internacionales de las materias primas agrícolas). Véase Kitching (1989).

<sup>2</sup> Véanse Schatz (1986) y Sender (1999) que dan varios ejemplos de estas versiones ultrapesimistas.

Uno de los problemas fundamentales de las interpretaciones más pesimistas de las tendencias agrícolas en África es que la base de datos que las sustenta es poco fiable. En varios pasajes de este libro se han destacado de varias maneras los problemas de fiabilidad de las estadísticas publicadas sobre el subcontinente, a menudo debido a la escasez de recursos de los organismos dedicados a la producción de datos así como a la falta de adecuación debida de los métodos de recogida de información a las realidades económicas y sociales del continente africano. En el caso de los datos agrícolas estos problemas son particularmente agudos, especialmente para algunos países y para algunos productos<sup>3</sup>. Es cierto que algunos autores mencionan la baja calidad de los datos en sus estudios, casi como coletilla necesaria, pero parece que no se toman estas deficiencias suficientemente en serio. No es suficiente reconocer estas deficiencias. Conviene apuntar algunos de los sesgos principales para poder interpretar las tendencias más correctamente. Destacamos aquí varios problemas principales.

Primero, muchos datos de producción se basan en estimaciones a partir de muestreos al nivel de explotación agrícola, que no son representativos del país y que a veces son generados incluso sin mediciones *directas* en el campo, sino más bien por «estimaciones» (léase «a ojo») e informes producidos por las divisiones territoriales de los ministerios de agricultura. Cuando existen mediciones, éstas se basan frecuentemente en pequeñas muestras y supuestos restrictivos sobre rendimientos de producción, que no son extrapolables a escala nacional o incluso subnacional<sup>4</sup>. Los recursos que las administraciones tienen son demasiado escasos como para producir datos de la calidad que vemos en países de la OCDE.

Segundo, varios estudios han demostrado que la producción de estadísticas ha sido muy desigual según cultivos y productos. Históricamente, especialmente en los primeros decenios después de las independencias, los datos de cultivos tan importantes como los tubérculos (mandioca, *yam*) casi no existían o aparecían con márgenes de error sustanciales, precisamente porque al ser cultivos perennes y de cosecha continuada, es muy complicado hacer un seguimiento cercano. Esta falta es muy seria porque en muchos países del África Occidental estos alimentos constituyen la base de la alimentación y suponen un aporte calorífico muy superior al de otros productos como los cereales locales –mijo, sorgo o maíz (Guyer, 1987)–. También la producción de carne y especialmente los stocks de pequeños rumiantes (ovejas, cabras) y gallinas se ha subestimado o simplemente no se han publicado sistemáticamente, precisamente porque es muy complicado obtener datos anuales fiables (Sender y Smith, 1986, p. 100). Por tanto, se puede plantear que las estadísticas de producción de alimentos han sido, especialmente en el periodo 1960-1985, sustancialmente subestimadas por la falta de cobertura de cultivos y la escasa fiabilidad de los datos de carnes e incluso de cereales (Berry, 1983; Guyer,

<sup>3</sup> Éste es precisamente uno de los peores problemas: la calidad de las estadísticas agrícolas varía mucho de un país africano a otro y de un tipo de cultivo a otro.

<sup>4</sup> En el trabajo de campo de Carlos Oya en Senegal, por ejemplo, se comprobó que para las estimaciones de producción se asigna el mismo nivel de rendimientos de la tierra para un cultivo determinado para toda una aldea o área territorial a partir de una sola muestra. Esto choca con la realidad de fuerte variabilidad de los rendimientos incluso dentro de una misma aldea, según la calidad del terreno, los insumos, la caída efectiva de lluvias, y muchos otros factores contingentes.

1987). Schatz (1986) también apunta algo importante. Las afirmaciones agro-pesimistas de los años 70 y 80 estaban muy influidas por una interpretación errónea de las tendencias en las importaciones de alimentos hacia África, que aumentaron considerablemente durante el periodo poscolonial<sup>5</sup>. Esto se interpretó como un signo de crisis de producción interna y así en muchos países se estimaron a la baja los datos de producción alimentaria interna. Como señala Schatz (1986), esta interpretación fue una falacia y excluía la posibilidad real de que las importaciones (que correspondían a sólo un 15% de la oferta total de alimentos a principios de los 80) aumentaran sin un descenso de la producción interna per cápita con lo que la disponibilidad de alimentos (en términos de calorías per cápita) muy probablemente creció en ese mismo periodo, como demuestran datos del Banco Mundial citados por Schatz. Los estudios de nivel microeconómico, especialmente centrados en la oferta de alimentos en los centros urbanos, y los datos sobre nutrición suelen corroborar esta hipótesis de incremento de la oferta calorífica media por lo menos hasta inicios de los 80 (Guyer, 1987, Berry, 1983, Sender y Smith, 1986). A pesar de estas constataciones los datos oficiales siguen presentando unas cifras que sugieren un descenso *agregado* en la producción agrícola (no sólo alimentaria) per cápita entre 1965 y 2001 (gráfico 1), debido fundamentalmente a un crecimiento más lento hasta inicios de los 80, lo que choca de hecho con las constataciones señaladas arriba.

Tercero, los datos agrícolas han sido frecuentemente objeto de manipulaciones políticas en direcciones diferentes. En muchos casos los gobiernos han tenido interés en subestimar los datos de producción para atraer ayudas externas, especialmente después de la atención que recibieron las hambrunas de los años 70 y 80 (Schatz, 1986; Sender y Smith, 1986; Berry, 1984)<sup>6</sup>. Pero también hay gobiernos que han tendido a inflar las cifras, precisamente para dar muestras de buenos resultados y de ir cumpliendo con las condiciones y objetivos acordados con agencias donantes y crediticias. Esto ocurrió particularmente en el periodo del ajuste estructural, cuando con el gradual desmantelamiento de las agencias de comercialización surgió un *impasse* en la recogida de datos de producción, especialmente de productos de exportación, y en muchos casos las cifras parecieron inflarse de manera inconsistente<sup>7</sup>. Además, en muchos países los datos de producción podían inflarse o subestimarse también según los flujos comerciales de contrabando entre países vecinos. Así los datos de las producciones de cacao entre Ghana y Costa de Marfil, o el café en Etiopía y Kenia, o los cacahuetes entre Senegal, Mauritania y Gambia, se han visto muy afectados por los cambiantes flujos de contrabando que hacen inflar las cifras en un sitio y desinflarlas en el vecino. Se estima que con la liberalización y la devaluación de las monedas, muchos de estos flujos «informales» salieron a la luz y los aumentos de producción en algunos países en realidad reflejaban flujos de contrabando que salían a la luz y no cambios reales en producción (Dercon y Ayalew, 1995).

---

<sup>5</sup> En 19 años entre 1963 y 1982, las importaciones agregadas de alimentos a AS se cuadruplicaron (Schatz, 1986, p. 177).

<sup>6</sup> Véase también Devereux (2002) sobre Malawi y la reciente «hambruna» de 2001.

<sup>7</sup> Para ejemplos concretos de la «política de los datos agrícolas» y las «inflaciones» de producción en determinados periodos después de 1980 véase Oya (2001) para Senegal y Ponte (2002b) para Tanzania.

Más allá de la mala calidad de los datos de producción (especialmente alimentaria) y los sesgos destacados aquí, aún es posible hacer una lectura de largo plazo menos pesimista sobre el comportamiento agrícola en el continente incluso a partir de los datos oficiales publicados. Por ejemplo, si comparamos las tendencias apuntadas por los datos oficiales, el comportamiento de la producción agrícola en términos agregados durante el periodo postcolonial no es tan desastroso como se suele decir. Sender (1999, p. 98) apunta que un crecimiento anual del 2,34% del *volumen* de producción agrícola agregada (África Subsahariana) entre 1965 y 1995 se compara favorablemente con el 1,5% anual del crecimiento agrícola registrado en la mayoría de países de la OCDE durante el largo periodo *inicial* de su industrialización en el siglo XIX. Con base en datos oficiales del Banco Mundial y de la FAO calculamos una tasa mediana de crecimiento anual del PIB agrícola (valor añadido a precios del 2000) para la región subsahariana de casi el 3% anual entre 1968 y 2005, una tasa que, unida al crecimiento significativo de las importaciones de alimentos<sup>8</sup>, e incluso teniendo en cuenta el crecimiento demográfico, no se puede tachar de desastrosa o «fracaso».

La otra constatación importante es que ha habido una gran diversidad de experiencias tanto si comparamos países como periodos de tiempo desde la época colonial hasta nuestros días. Es decir, tratar a África como un todo en cuestiones agrarias es un gran error (Maxwell, 2001, p. 34). Ha habido bastantes episodios de crecimiento agrícola sostenido así como importantes transformaciones socioeconómicas en el campo, aunque éstas se han repartido de manera desigual entre países y dentro de los mismos. Así Sender y Smith (1986, p. 102) muestran claramente el fuerte crecimiento de la producción agrícola agregada entre 1960 y 1983 (con incrementos entre el 40% y el 136%) en varios países y especialmente Costa de Marfil, Malawi, Tanzania, Kenia, Zimbabue, Zambia y Etiopía, todos ellos habiendo seguido estrategias de desarrollo agrícola bastante diferentes en ese periodo. Estos resultados contrastaron con los de otros países como Ghana donde la producción oficial estimada se redujo en el mismo periodo<sup>9</sup>. El anexo estadístico presenta varios gráficos (gráficos 2-5) donde se destacan algunos contrastes y avances importantes, como el que se da entre Ghana y Costa de Marfil en la producción de cacao (gráfico 3 y cuadro 3) y que por tanto no se puede explicar simplemente por la adversa «coyuntura internacional». El gráfico 2 ilustra algunos contrastes entre países con evoluciones económicas y políticas muy diferentes y que siguieron tendencias de producción alimentaria, por ejemplo, también variadas. Es curioso observar que uno de los milagros económicos africanos, Botsuana<sup>10</sup>, tuvo unos resultados agrícolas muy inferiores a otros países como Nigeria, donde mucho se ha hablado de lo supuestamente mal que va la agricultura<sup>11</sup>. Lo cierto es que Botsuana pudo importar un proporción creciente de alimentos mientras se concentraba en la

<sup>8</sup> Según Maxwell (2001, p. 33) éstas aumentaron de 8 millones de toneladas en 1980 a casi 12 millones en 1994.

<sup>9</sup> De hecho Ghana fue el clásico ejemplo que utilizaron los promotores de reformas estructurales para defender la liberalización y retirada del Estado de la agricultura (Gibbon *et al.*, 1993).

<sup>10</sup> Véase sección sobre Bostuana en el capítulo de Oya sobre crecimiento en este libro.

<sup>11</sup> Guyer (1987) entre otros muestra evidencia empírica contraria a esta hipótesis para Nigeria.

gestión de sus recursos minerales y promovía la industrialización, como ha ocurrido en tantos otros casos de industrialización exitosa. El gráfico contrasta también la experiencia de Costa de Marfil, uno de los países donde el desarrollo agrícola ha sido más exitoso, con Mozambique donde la guerra de liberación seguida de la guerra civil (1979-1992) crearon trastornos graves en el sistema de producción y comercialización agrícola. Sin embargo, tras los acuerdos de paz, la producción agrícola ha ido creciendo de manera sostenida y rápida. Asimismo, si observamos las tendencias de producción de té para los exportadores africanos principales (gráfico 4), vemos que los incrementos muy importantes, con excepción de Mozambique, han sido la norma, pero también que en algunos países los progresos han sido en términos relativos mucho más espectaculares que en otros (p.e., Kenia y Ruanda comparadas con Malawi y Tanzania). El buen comportamiento relativo de algunos exportadores de té y cacao contrasta también con los resultados más decepcionantes de las exportaciones de café en términos agregados y especialmente de ciertos países como Camerún, Angola o Madagascar (cuadro 2).

Los contrastes también se dan dentro de un mismo país. Por ejemplo, en Zambia, el sector agrícola ha sufrido notables cambios estructurales y periodos de crecimiento significativo. Mientras que las provincias del norte y del oeste permanecieron relativamente más alejadas de las transformaciones económicas y sociales predominantes, las zonas alrededor de la capital Lusaka, del pasillo minero del Copperbelt y de la región oriental fronteriza con Malawi desarrollaron un sector agrícola muy heterogéneo y relativamente productivo y competitivo. Hoy en día las provincias más pobres son aquéllas donde la agricultura es menos productiva y más errática, mientras que allá donde se concentran las infraestructuras y aglomeraciones urbanas se ha desarrollado una agricultura comercial competitiva en los exigentes mercados internacionales en varios productos como la horticultura, el tabaco, el algodón y el sésamo (Weeks *et al.*, 2006). Estos contrastes también son evidentes entre las regiones de la sabana del norte de los países costeros del África Occidental como Costa de Marfil, Ghana y Nigeria y las más verdes (bosque tropical) y húmedas del sur, donde se ha desarrollado el cultivo del cacao, del aceite de palma y de alimentos tropicales de cultivo permanente y amplio consumo local.

Además es posible también constatar que varios países han conocido periodos de bonanza agrícola muy importante seguidos o precedidos de otros con peores registros e incluso de «crisis» productivas o de distribución de alimentos. Un ejemplo es el de Zimbabue que, de «granero» del África Austral, ha pasado a ser un país que pasa por una crisis agraria y nutricional sin precedentes, a raíz de la crisis económica latente en los años 90 y que desembocó en una crisis política y social a partir de la sucesión de expropiaciones de granjeros comerciales desde el año 2000. La capacidad productiva de Zimbabue tanto en cultivos de exportación (tabaco, algodón) como de alimentos (maíz) estaba bastante por encima de la media africana a mediados de los 90, antes de la crisis pero en los últimos años se ha desplomado. Tanto el tejido productivo agrícola como las instituciones y sectores privados de apoyo a la agricultura no tenían rival en varios países vecinos con excepción de Sudáfrica. En suma, todos estos contrastes y diferencias entre países, periodos de tiempo y entre regiones de un mismo país deberían cuando menos plantear dudas cuando se presenta una imagen generalizada de fracaso agrario.

Hay más indicadores y datos que ayudan a cuestionar el agropesimismo africano. Más allá de los datos de producción y las variadas tenencias comentadas antes, se han dado varios episodios de éxito agrícola, a veces relacionados con transformaciones o aplicaciones de innovaciones importantes, cuyas consecuencias son susceptibles de extenderse a muchos países y que se han ido generando en distintos ámbitos, sectores y espacios territoriales en África. Un estudio reciente (Gabre-Madhin y Haggblade, 2004) hizo un inventario de los éxitos más sonados y que han ayudado a transformar algunos sectores agrícolas en varios países del subcontinente. Así, una de las áreas donde se han registrado éxitos y que es necesario contextualizar es la de investigación científica aplicada a la agricultura. A pesar de que, a diferencia de Asia Meridional, en AS no se difundió la Revolución Verde de los 60 (y las aplicaciones de biotecnología e insumos para el aumento de la productividad) en la misma medida, de hecho en el periodo poscolonial se ha verificado un aumento sustancial de los recursos invertidos en investigación agronómica, adaptación biotecnológica y en la formación de investigadores africanos<sup>12</sup>. Los efectos positivos se hacen sentir a largo plazo pero Gabre-Madhin y Haggblade (2004) ya han destacado varios avances significativos, especialmente en tres áreas: (a) la mejora sustancial de los rendimientos físicos y de la calidad de la mandioca producida en África Occidental, y que ha permitido una mucho mayor comercialización nacional e internacional<sup>13</sup>; (b) la generación de semillas de maíz híbrido para un aumento significativo de la productividad, que se difundió especialmente en África Austral (Zambia, Zimbabue, Sudáfrica, Malawi); (c) la mejora de la productividad y comercialización del arroz local en varios países del África Occidental, y especialmente en Malí.

En muchos de estos ejemplos, el papel del Estado, como inversor, regulador o coordinador fue crucial, pero también se apoyó puntualmente en el papel del sector privado más dinámico (nacional o internacional)<sup>14</sup>. El caso de experiencias de coordinación vertical de cadenas de valor manejadas por agencias o empresas paraestatales también se evoca como caso de éxito, especialmente en el caso e la promoción del cultivo del algodón en Malí, Burkina Faso, Senegal y Costa de Marfil (Bassett, 2001). Allí los niveles de producción aumentaron espectacularmente, los sistemas funcionaban con eficiencia y cientos de miles de productores agrícolas (de pequeña y mediana escala) recibían precios remunerativos, formación en técnicas y uso de insumos, acceso a insumos, a crédito anual y a mejoras en el uso de la tierra (Gabre-Madhin y Haggblade, 2004; Bassett, 2001). La situación ha ido deteriorándose por la combinación de una retirada gradual de estas agencias garantes de la coordinación y funcio-

<sup>12</sup> Véase Pardey *et al.* (1997) y Sender (1999, p. 99). Un problema es que muchas de estas inversiones no eran sostenibles ante la llegada de medidas de austeridad fiscal de los planes de ajuste estructural (PAE), que en muchos países acabaron por restringir radicalmente los presupuestos disponibles para investigación, aplicación de nuevas tecnologías y formación de especialistas.

<sup>13</sup> Véanse el gráfico 5 y las tendencias contrastadas entre países del África Occidental y Mozambique.

<sup>14</sup> Dorward *et al.* (2004) argumentan que en el contexto de países agrarios y de baja renta el papel del Estado e instituciones paraestatales para crear las condiciones básicas de modernización agrícola se ha demostrado ineludible a pesar de la insistencia en los planes de ajuste estructural. Cada vez va calando más la idea incluso en círculos «convencionales» de que los mercados en el ámbito de la agricultura en África tienden a «fallar».

namiento de la cadena de valor, y de la caída significativa del precio internacional del algodón (en parte debida a las fuertes subvenciones a la producción y exportación estadounidenses).

Otro de los éxitos del que más se habla recientemente es el rápido desarrollo de los cultivos hortícolas para la exportación, especialmente hortalizas, frutas y flores (rosas), y su integración en cadenas de valor transnacionales con grandes exigencias de calidad (véase la sección final de este capítulo). El país con más éxito en este sentido ha sido Kenia, donde el crecimiento de esta línea de producción y exportaciones ha sido espectacular (cuadro 1). Cada vez hay más países, como Etiopía, Senegal, Mozambique que intentan integrarse en estas cadenas bastante lucrativas y que aseguran mercados de calidad. En Costa de Marfil cabe mencionar también el desarrollo de una industria manufacturera que procesa productos tropicales nacionales, especialmente en el caso de zumos de frutas y otros productos enlatados que tienen salida no sólo en el mercado nacional sino también en buena parte del mercado regional.

Todos estos indicadores y ejemplos de éxito y progresos son evidentes. No obstante, no queremos aquí minimizar los problemas y desafíos que afectan a millones de agricultores en África ni exagerar de manera deliberada estos signos de progreso. Está claro que hoy en día, si nos atenemos a comparaciones de rendimientos por hectárea, de intensificación productiva, de uso de maquinaria y de productos biotecnológicos de la Revolución Verde, en términos agregados AS queda bastante por detrás de Asia (Meridional y Oriental). Karshenas (2001) ofrece un análisis comparativo muy convincente que se centra en las dotaciones relativas de recursos, y el hecho de que buena parte de África se caracteriza por abundancia de tierra (no necesariamente de calidad) y escasez relativa de mano de obra<sup>15</sup>, en contraste con Asia donde la presión sobre la tierra es mucho mayor y las presiones para acumular e intensificar la producción también son mayores. Esto tiene implicaciones en términos de las relaciones sociales de producción predominantes en África y el desarrollo del capitalismo agrario, en comparación con Asia, asunto al que volvemos en la siguiente sección. Obviamente, hay países y regiones africanas que son muy semejantes en términos de productividad y tecnología al contexto asiático más dinámico, especialmente Sudáfrica, Kenia, Mauricio, Zimbabue (antes de la actual crisis) o Costa de Marfil, por lo que estos aspectos «estructurales» no son razón para suponer que no es posible seguir progresando hacia los niveles de Asia. Por otro lado, es preciso tener en cuenta que el punto de partida en el momento de las independencias en los años 60 era ya muy desfavorable para los países africanos en comparación con Asia, tanto en términos de disponibilidad y uso de insumos (fertilizantes, pesticidas, etcétera) como sobre todo de la extensión del regadío y del uso de tractores, y de las inversiones públicas en desarrollo rural. Además, también se olvida que, más allá de los datos agregados, las experiencias dentro de Asia son también muy variadas y que incluso si

---

<sup>15</sup> Está asociada a las bajas densidades demográficas y relativo esparcimiento de poblaciones rurales en grandes espacios. La escasez de mano de obra es evidente cuando se trata de incrementar la escala de producción y en los «picos» estacionales de trabajo agrícola.



comparamos regiones dentro de un mismo país, como la India, las diferencias en términos de productividad, aplicaciones de la Revolución Verde, presión sobre la tierra, etcétera, son muy acusadas.

## Estructuras agrarias y desarrollo capitalista

La literatura académica sobre África y, sobre todo, la no académica suelen tener la desafortunada tendencia de hablar de la «estructura social agraria» en África como si se hablara de una región o país determinado. Parecería que todos los países de África se pueden distinguir del resto del mundo (desarrollado y en desarrollo) por una serie de factores específicos que la hacen única. La idea de un «campesino africano» es tan poco afortunada como la de un «campesino asiático» o «latinoamericano». Por un lado las estructuras agrarias varían bastante de una región o de un país a otro como señalaremos a seguir. Por otro lado, incluso los numerosos pequeños productores con menos de cinco hectáreas cultivadas también varían muchísimo en comportamientos, integración en los mercados, uso de mano de obra, etcétera, de un territorio a otro. Incluso las diferencias dentro de un mismo país pueden ser muy marcadas. Esta sección introduce brevemente algunos de estos rasgos y variedades.

Ahora bien, como se ha mencionado en el capítulo sobre crecimiento, existen algunos rasgos que suelen ser comunes a varias formaciones sociales africanas y que inciden en la forma que las estructuras agrarias han venido tomando históricamente. Primero, la tierra suele ser un recurso abundante y en muchos países la proporción de tierra efectivamente cultivada es bastante reducida, si lo comparamos, por ejemplo, a países de Asia Meridional y Sudoriental. Hay excepciones notables, como Ruanda, Burundi, la región del Congo Oriental, las tierras altas en Etiopía o algunos territorios en Sudáfrica, Kenia y Uganda, donde las densidades de población y la presión sobre la tierra y los recursos naturales es muy elevada<sup>16</sup>. Segundo, y como corolario del primer punto, muchos productores agrícolas han enfrentado históricamente el problema de la escasez relativa de mano de obra, aunque esta restricción es menos acuciante allá donde las densidades de población rural han crecido notablemente en los últimos cinco decenios (Austin, 2005; Barrett *et al.*, 2001). Tercero, a pesar de la existencia de clases de agricultores capitalistas modernos, muchos sectores agrícolas en AS contienen amplias clases de productores agrícolas con poco capital, tecnología muy básica y escaso acceso a insumos para aumentar la productividad de los factores (Bernstein, 2004). Cuarto, la incidencia del regadío es muy limitada, en comparación con Asia, y por tanto la dependencia de las lluvias afecta al calendario de trabajos, común a muchas zonas rurales africanas (Karshenas, 2001).

---

<sup>16</sup> Véase Peters (2004). Las diferencias en términos de propiedad y distribución de la tierra implican también que la presión para reformas agrarias tenga un carácter menos «continental» que en América Latina. La cuestión de la redistribución de tierras se limita particularmente al contexto de las economías con presencia fuerte de colonos como Sudáfrica, Zimbabue, Zambia o Kenia. Véase capítulo de Lahiff sobre las reformas agrarias en la región austral.

Detrás de estos rasgos comunes, que se dan en mayor o menor grado en muchos países subsaharianos, existe una diversidad significativa de estructuras agrarias y clases de agricultores y habitantes rurales<sup>17</sup>. Existen sociedades de tipo más pastoral (o agropastoral) en el cinturón del Sahel y partes del cuerno de África (especialmente Somalia), aunque en notable proceso de cambio, pues la creciente urbanización, sedentarización, conflictos armados y la combinación de fuentes de ingresos (consolidadas desde hace 20 años), así como el importante papel de la migración han mutado las configuraciones sociales y las prácticas económicas en estas regiones tradicionalmente pastorales (Copans, 1980; Gay y Radwan, 1983). En África Occidental los contrastes agroecológicos han desembocado desde el periodo precolonial en masivas migraciones regionales: así, desde las tierras más vulnerables del Sahel ha habido históricamente movimientos significativos de agricultores emigrantes hacia las zonas de bosque tropical del sur costero, donde la «renta» forestal ha creado bolsas importantes de dinamismo agrario y capitalismo rural incipiente<sup>18</sup>. El otro contraste más destacado se da entre las estructuras agrarias de países del África Austral (además de Kenia) donde se dio una presencia importante de colonos europeos en la agricultura, que acabaron por crear las formas más desarrolladas de capitalismo agrario que se conocen en el continente (con apoyo sostenido y deliberado de los gobiernos coloniales y a veces postcoloniales), y países del África Occidental u Oriental donde se desarrollaron economías agroexportadoras sobre la base de productores nativos e inmigrantes africanos de otros países o regiones (Hopkins, 1973; Hugon, 1999).

Dentro de estas últimas, las estructuras agrarias fueron también transformándose en adaptación a regímenes políticos y estrategias de desarrollo cambiantes y diferentes. Por un lado tenemos países donde los gobiernos poscoloniales promovieron la emergencia del capitalismo rural endógeno (y autóctono), y la articulación con programas de nacionales de industrialización acelerada o de generación de divisas, cuyos exponentes principales fueron Costa de Marfil, Kenia, o Malawi. Estos casos contrastan especialmente con aquéllos como Tanzania, Ghana (de Nkrumah), Mozambique (1975-1987), o Guinea de Sekou Touré, que promovieron un anticapitalismo ideológico plasmado en programas de consolidación de comunidades campesinas sedentarias (véase *ujamaa* en Tanzania u *Operação Produção* en Mozambique) alrededor de programas de autosuficiencia alimentaria o de formas de «capitalismo de Estado» (dis-

---

<sup>17</sup> Preferimos evitar el término «campesino» por dos razones. Primero, es un término con una carga ideológica importante que se deriva de la influencia del «populismo agrario» (a la Chayanov) en la literatura sobre economías rurales en países pobres. Segundo, es un término que no ayuda a destacar la variedad de productores y la medida en que dependen de varias fuentes de ingresos más allá de la propia producción para el autoconsumo. Por tanto, más que describir una realidad que no es homogénea este término confunde y oculta realidades que hay que conocer para entender el desarrollo rural en diferentes partes de África. Véase el trabajo pionero de Hill (1970) para una explicación más detallada y contextualizada de las contradicciones y malos usos del término «campesino» en contextos africanos.

<sup>18</sup> Este fenómeno ha sido muy importante para el desarrollo agrícola de Ghana y Costa de Marfil. Sobre esto y la «renta forestal» véanse Amanor (2005), Austin (2005), Ruf (1995), Bassett (2001) y Hill (1970). La «renta forestal» incluye todos los recursos valorizables que van más allá de la agricultura, como los minerales preciosos o la madera.

frazado en algunos casos de «socialismo africano») basado en la promoción de agricultura comercial de exportación entre los pequeños productores «familiares»<sup>19</sup>.

En regiones donde la agricultura se ha desarrollado primordialmente con la aportación de productores africanos, los sistemas de cultivo sedentario y permanente (con una decreciente utilización del barbecho) se han ido consolidando y sustituyendo al más tradicional sistema de agricultura itinerante, que era más común en comunidades agrícolas en movimiento y en contextos de muy baja densidad demográfica. A pesar de la aún existente abundancia de tierras, desde hace más de 30 años varios investigadores han mostrado que tanto pequeños como medianos agricultores tienden a utilizar de forma permanente (y con uso de distintos tipos de abonos naturales o químicos) las tierras colindantes a las aldeas o aglomeraciones y de manera menos sistemática extienden la frontera de cultivos a zonas algo más alejadas pero siempre en las zonas vecinas (Hill, 1968 y 1970; Baro y Batterbury, 2005; Barrett *et al.*, 2001). Estos cambios y la escasa disponibilidad de insumos químicos para una mayoría de agricultores pobres explican en parte la tendencia verificada en varios países a la caída de la fertilidad y los rendimientos físicos en los últimos 30 años.

En varios países del subcontinente, no sólo en aquéllos donde se habían establecido colonos blancos (Sudáfrica, Zimbabue, Zambia, Mozambique), es cada vez más común la coexistencia de unidades de producción capitalistas (orientadas solamente al mercado, con más medios técnicos, insumos y dependencia mayor de mano de obra asalariada) con unidades de producción de pequeña escala, más dependientes del trabajo familiar y orientadas tanto al mercado como a la autorreproducción<sup>20</sup>. Hay ya evidencia empírica sustancial que ha demostrado la *heterogeneidad y diferenciación* de esta segunda clase de agricultores<sup>21</sup>, entre dos extremos: (a) una minoría (un 10% o un tercio según países) que gradualmente se van tornando capitalistas, aumentando su escala de producción y comercialización y necesitando cada vez más mano de obra extrafamiliar; (b) otra clase (más numerosa) de agricultores que, sin llegar convertirse en puros «proletarios» (pues mantienen un acceso, aún extremadamente reducido y poco viable, a la tierra), sí dependen cada vez más del trabajo por cuenta ajena, de las aportaciones de remesas y de múltiples e irregulares fuentes de ingresos no agrícolas para su reproducción social. Así las diferencias mayores en términos de diferenciación so-

<sup>19</sup> Véase Sender y Smith (1990) para una crítica de la lógica y los efectos de las populares políticas de autosuficiencia alimentaria de gobiernos como el de Tanzania en los años 70 y 80. Véase también Maxwell (2001) y Goetz (1993) para más referencias sobre políticas alimentares y las falacias en torno a la crítica «neopopulista» del desarrollo de los cultivos comerciales y de exportación en supuesto detrimento de los cultivos alimentares. Varios estudios han demostrado que tal competición entre cultivos es más un mito que una realidad y que los beneficios de la expansión de los cultivos comerciales se reflejan tanto en la productividad de los cultivos alimentares como en el estado nutricional de los niños (véanse referencias en Maxwell, 2001; Sender y Smith, 1986; y von Braun y Kennedy, 1989).

<sup>20</sup> El término inglés más adecuado para estos productores, que son los más numerosos en África, es el de «petty commodity producers», que son bastante diferenciados y constituyen un híbrido de capitalistas (tienen sus propios aunque escasos medios de producción) y trabajadores (trabajan directamente en el campo en sus explotaciones y frecuentemente también para otros).

<sup>21</sup> Véanse por ejemplo Hill (1970), Sender y Smith (1986), Barrett *et al.* (2001), Jayne *et al.* (2003), Ghai y Radwan (1983), Berry (1993), Guyer (1997), Bryceson (2000), Swindell (1985), y Copans (1980).

cial rural entre países y el desarrollo agrícola dependen en buena medida de las configuraciones históricamente contingentes que en cada país van surgiendo en torno a una dinámica general de polarización socioeconómica y cambio agrario (Bernstein, 2004; Raikes, 2000; Gay y Radwan, 1983).

Otro aspecto importante del estudio de estructuras agrarias en África y los procesos de cambio, es la noción de «subsistencia» y sus connotaciones. Es evidente que numerosos agricultores subsaharianos dedican una parte (a veces importante) de la producción al autoconsumo y esto ha llevado a usar la noción de «subsistencia» como rasgo del agricultor africano. Pero, como Hill (1968) señaló hace ya muchos años, con base en estudios de campo en profundidad, las nociones de «subsistencia» o venta en caso de «excedentes» son frutos de supuestos más que de evidencia empírica<sup>22</sup>. Así la realidad es que tanto productores muy pobres como aquéllos más prósperos realizan transacciones, compran y venden alimentos con la diferencia que lo hacen en periodos diferentes del año, a escalas diferentes, precios diferentes y con consecuencias diferentes para su reproducción o acumulación<sup>23</sup>. Como se ha señalado en el capítulo sobre pobreza y empleo, la dependencia del mercado para la propia reproducción familiar es muy elevada para muchas de las clases rurales más vulnerables para las que la propiedad de pocas tierras de escasa fertilidad apenas aporta a su reproducción y supervivencia (Devereux, 2001; Sender y Johnston, 2004). Quizás aquellos agricultores que utilizan una parte mayor de su producción alimentaria para el consumo en realidad son productores de «clase media» (si se permite el término) dentro de los agricultores de pequeña escala (Hill, 1968; Barrett *et al.*, 2001; Bernstein, 2004; Muntemba, 1980; Guyer, 1997), y que consiguen en periodos favorables incluso acumular para expandir su producción comercial u otros negocios (ganado, comercio y transporte especialmente). Algunos agricultores se ven obligados a comprar por necesidad en periodos de precios altos mientras que otros compran cuando la comida es más barata y venden o incluso revenden cuando los precios aumentan. Estas dinámicas, configuraciones sociales específicas y diferencias entre subclases dependen de varios factores estructurales y coyunturales, entre los que destacan: el funcionamiento de los mercados agrícolas; la existencia o no de instituciones paraestatales de apoyo a la producción; la variabilidad temporal y espacial de los precios de alimentos; las infraestructuras de comunicación; la fertilidad del suelo; las interacciones entre factores de diferenciación social (por acceso a tierra u otros recursos, o con base en género, edad o linaje), entre muchos otros.

Por tanto, podemos concluir que las sociedades rurales africanas son fundamentalmente *sociedades en transición*, donde formas de producción más o menos capitalistas coexisten con relaciones sociales precapitalistas de rasgos variados, pero siempre en constante interacción y procesos de cambio, en algunos casos muy rápido (por ejemplo Ghana, Nigeria, Sudáfrica, Mozambique, Zimbabue o Etiopía). Son socieda-

---

<sup>22</sup> Como se señala en el capítulo de Oya y Sender en este libro, estos «supuestos» afectan también a los que encuestadores oficiales, que suelen así sesgar algunos datos de las encuestas nacionales de condiciones de vida y producción.

<sup>23</sup> Véanse también von Braun y Kennedy (1986) y Goetz (1993) sobre las relaciones de complementariedad entre agricultura comercial (o para el mercado) y cultivos de «subsistencia».

des también reguladas e intervenidas en formas y grados diferentes por Estados en formación, que han acompañado y protagonizado cambios graduales en los regímenes de acumulación y desarrollo. En estas configuraciones, el capitalismo rural se ha ido integrando de forma desigual y a ritmos diferenciados en estructuras existentes que se adaptan, integran o desaparecen a medida que esto sucede y en respuesta a una serie de desafíos que se presentan con la progresiva y desigual entrada de formas de producción y distribución capitalistas (Meillassoux, 1978; Sender y Smith, 1986; Ghai y Radwan, 1983; Amanor, 2005; Kitching, 1980; Mamdani, 1987).

## Del «dirigismo» al liberalismo agrícola en las estrategias de desarrollo agrario

Sin duda una de las áreas que más debate ha suscitado es la de las políticas agrarias y las reformas neoliberales a partir de los años ochenta. Probablemente el ámbito de las políticas agrícolas haya sido el campo de batalla más significativo en el duelo entre perspectivas neoliberales y pro ajuste estructural y los defensores de las intervenciones estatales típicas de los primeros decenios posindependencias. Por razones de límites de espacio y la importancia de las otras secciones, esta sección introduce brevemente la dinámica de cambios en la orientación estratégica de las políticas agrarias y el impacto del ajuste estructural agrícola con referencia a los numerosos estudios disponibles sobre la cuestión.

En la historiografía de los regímenes de políticas agrícolas se distinguen dos periodos principales, con variantes significativas por país. Primero, los 20 años postindependencia (1960-1980 en términos generales) que se caracterizaron en un gran número de países subsaharianos por el predominio del llamado «dirigismo» estatal, en que los gobiernos adoptaban instituciones y formas de intervención extensiva sobre varios ámbitos del desarrollo rural. En segundo lugar, y en general a partir de finales de los 70, se va verificando un cambio de orientación, asociado a las reformas económicas para la estabilización macroeconómica y al ajuste estructural acordado entre gobiernos receptores de ayuda externa e instituciones financieras internacionales (BM y FMI).

En el periodo 1960-1980, en la mayoría de países africanos se forjaron varios gobiernos de unidad nacional con ambiciosos programas de desarrollo nacional a medio y largo plazo que, a menudo, y bajo la influencia de la teoría de la modernización y de las experiencias socialistas, incluía la industrialización acelerada y la modernización agrícola. En muchos países los gobiernos prestaron especial atención al sector agrícola, por dos razones principales. Primero, los regímenes (especialmente los de partido único) buscaban formas de legitimación social en las zonas rurales donde la mayoría de la población (generalmente más «manejable» que la población urbana) se concentraba. Para ello la creación de instituciones de apoyo, como los sistemas de cooperativas rurales para el acceso a insumos y crédito, funcionaban también con el objetivo de integrar a las poblaciones rurales en las ramificaciones de los aparatos estatales en fase de creación y expansión. En segundo lugar, muchos regímenes querían capitalizar lo que ya habían iniciado las administraciones coloniales en los años anteriores, las instituciones ya creadas

y las formas de extracción de excedente de las zonas rurales para la financiación de programas nacionales de desarrollo que incluían un componente importante de industrialización acelerada. En muchos países estos organismos oficiales de carácter comercial se encargaban de recoger la cosecha a todos los agricultores sin distinción, ofreciendo servicios de control de calidad, investigación y extensión agraria, oferta de suministros básicos, crédito de campaña agrícola, y gestión de las exportaciones, cuyos costes repercutían en el pago final ofrecido a los agricultores. El diferencial entre los precios pagados al productor y la cotización en los mercados internacionales era en algunos casos y algunos años muy elevado (especialmente en Ghana hasta mediados de los 80). En los casos en que el diferencial era más elevado éste no sólo representaba una repercusión de los gastos de intermediación, apoyo logístico y transporte y por los servicios prestados, sino que también constituía un verdadero impuesto sobre la actividad agrícola comercial, diseñado para financiar y apoyar a los procesos de industrialización. Es cierto que este diferencial dependía mucho de la situación de los precios internacionales de las materias primas agrícolas y que los grandes aumentos de éstos a mediados de los 70 fueron absorbidos en buena parte por la maquinaria de estas instituciones estatales. Sin embargo, en años en que los precios internacionales eran bajos en realidad estas agencias implícitamente subvencionaban a los agricultores, como ocurrió en Costa de Marfil sobre todo antes de 1975 y después de inicios de los 80 (Widner, 1993)<sup>24</sup>.

Por tanto, las intervenciones estatales de este periodo trataban en buena medida de captar el apoyo político de las masas y sobre todo los excedentes que se podían generar de la agricultura comercial, especialmente la orientada a la exportación. Sin duda, la preocupación por mantener una fuente estable de generación de las divisas necesarias para importar y acelerar la industrialización era uno de los motivos por el que muchos Estados africanos consolidaron o crearon una multitud de instituciones paraestatales para controlar los excedentes agrícolas y las exportaciones. Esta lógica de funcionamiento y racionalización de las políticas de «dirigismo» agrario fue relativamente común en varios países, pero sus manifestaciones, aplicaciones y efectividad variaron bastante. Además, en los primeros decenios de independencia muchos gobiernos (con apoyo de donantes occidentales en muchos casos) optaron por acelerar la modernización agrícola a través de la creación de varios tipos diferentes de agencias paraestatales que procuraran una transformación rápida de la agricultura hacia un modelo más innovador, productivo y políticamente aliado al Estado. Todas estas estrategias tuvieron variantes importantes aunque a veces las variaciones eran más de forma y de retórica que de fondo, incluso si comparamos regímenes más procapitalistas como el de Costa de Marfil, Kenia, o Malawi (en cierto modo Senegal también) con aquellos que propusieron modelos supuestamente inspirados en el marxismo-leninismo o maoísmo (Tanzania, Etiopía, Mozambique, Angola, Guinea-Conakry, Burkina Faso, etcétera)<sup>25</sup>.

La crisis internacional de mediados-fines de los años 70, la caída de los precios de materias primas y de la demanda de muchos de los productos agrícolas de exportación

---

<sup>24</sup> Véase Oya (2007) para más ejemplos.

<sup>25</sup> Para más detalles sobre las estrategias de desarrollo agrícola de este periodo véanse Ghai y Radwan (1983), Gibbon *et al.* (1993) y Sender y Smith (1986).

provenientes de África y otras regiones en desarrollo, la falta de continuidad de los procesos de industrialización acelerados desde fines de los 60 y las crecientes dificultades financieras y fiscales que afectaban a una mayoría de regímenes africanos, acabaron por poner freno a las estrategias de desarrollo agrario del periodo 1960-1980. El recurso a las IFI y las fuertes restricciones fiscales asociadas a la crisis, el endeudamiento creciente y las condiciones impuestas por los acreedores y donantes coincidieron con la contrarrevolución neoclásica en la economía, y el avance de la ideología neoliberal, que tuvo también su reflejo en la ortodoxia sobre las políticas agrícolas «correctas» (Oya, 2005; Gibbon *et al.*, 1993). La historia de esos años (fines de los 70 e inicios de los 80) nos enseña que fueron las restricciones macroeconómicas y la austeridad fiscal las que desencadenaron el proceso de reformas agrícolas hacia un modelo de liberalización de mercados y retirada paulatina del Estado de los asuntos de producción y comercialización agraria<sup>26</sup>. Los servicios de apoyo a la agricultura sufrieron también significativamente y los productores agrícolas se encontraron, en aquellos países que aplicaron las reformas desde el principio, con un contexto completamente nuevo en el que las instituciones paraestatales habían desaparecido o cambiado radicalmente de cometido. Como se explica en varios estudios (Kherallah *et al.*, 2002; Oya, 2007; Gibbon *et al.*, 1993) estas reformas tuvieron secuencias y grados de intensidad bastante diferentes entre países y hubo algunos países que no cambiaron mucho su orientación agrícola hasta bien entrados los años 90 (caso de Zimbabue o Kenia, por ejemplo). La cuestión de la «implementación parcial» del ajuste (Kherallah *et al.*, 2002) ha sido aducida con frecuencia como justificación de la falta de resultados de dichos programas y de las numerosas consecuencias negativas que han tenido para una mayoría de agricultores africanos<sup>27</sup>. Si bien es muy discutible que esta hipótesis sea cierta para la mayoría de países (pues en realidad con distintas secuencias la mayoría de reformas fueron efectivamente aplicadas), refleja uno de los problemas básicos de que adolecieron los PAE para la agricultura: la escasa atención a la diversidad de contextos económicos, agrarios y, sobre todo, políticos, pues los costes políticos de transición (en este caso hacia un régimen más liberal) variaban mucho según la naturaleza del Estado en cuestión y de sus relaciones con la sociedad, sus distintas clases sociales, grupos de interés y actores externos<sup>28</sup>. Es precisamente la variedad y contingencia histórica de muchas de las configuraciones sociopolíticas de AS las que ayudan a explicar en parte el síndrome de implementación parcial, pero sobre todo sus diversas consecuencias políticas y económicas.

El impacto del ajuste estructural fue por lo tanto también diverso hasta cierto punto, aunque buena parte de la literatura ha señalado varias de las consecuencias

---

<sup>26</sup> No cabe duda de que la obsesión con la reducción del déficit fiscal fue la principal desencadenante de las drásticas reducciones o eliminaciones de las subvenciones a la producción, de las inversiones públicas en el sector agrario así como de los gastos de funcionamiento de las varias agencias paraestatales.

<sup>27</sup> La idea de la implementación parcial sostuvo la insistencia de las IFI en los años 90 sobre la necesidad de extender y profundizar las reformas, especialmente hacia otros ámbitos como la gestión de tierras, las instituciones de crédito, la privatización y la progresiva minimización del papel del Estado (Oya, 2007).

<sup>28</sup> Véase Oya (2007) para varias referencias sobre el tema y Harrigan (2003) para un análisis pormenorizado de cambios de políticas en Malawi.

más comunes. Primero, los sistemas de distribución de insumos agrícolas sufrieron notablemente y, en consecuencia, el grado de utilización de insumos (fertilizantes, semillas mejoradas, pesticidas, material agrícola, etcétera) destinados al aumento de la productividad disminuyó en la mayoría de los casos (véase gráfico 6). Hubo una consiguiente y significativa descapitalización de las explotaciones agrícolas y una reducción de la productividad de los factores, especialmente entre la clase de productores más pobres de pequeña escala (Dorward *et al.*, 2004; Oya, 2007; Lele y Christiansen, 1989). Segundo, con la gradual desaparición de las agencias paraestatales de comercialización, control de calidad, exportación y distribución de insumos (*marketing boards*), también la calidad de la producción y su competitividad internacional se vio muy afectada, especialmente en un contexto en el que las barreras no arancelarias basadas en la calidad y la higiene del producto se han generalizado (véase sección abajo) (Gibbon y Ponte, 2005; Bryceson, 2000; Lele y Christiansen, 1989; Kherallah *et al.*, 2002). Tercero, el nuevo contexto más o menos liberalizado y la exposición a los vaivenes de los mercados internacionales de productos agrícolas<sup>29</sup> han hecho que una buena parte de los pequeños agricultores que habían logrado sobrevivir a los avances del capitalismo rural en parte gracias al sustento de las intervenciones estatales anteriores, hayan dejado de ser viables incluso para su propia reproducción como clase, pues la inestabilidad de los ingresos y la baja remuneración de sus cosechas se han acentuado en muchos casos tras la liberalización. En este sentido, algunos estudios han constatado el incremento en la volatilidad de los precios al productor y la caída de éstos para varios productos de exportación con una excepción entre mediados y finales de los 90 (Oya, 2007; UNCTAD, 1998; Kherallah *et al.*, 2002)<sup>30</sup>. Las implicaciones distributivas de algunos de estos impactos han sido significativas. Varios estudios notan un proceso de creciente polarización y diferenciación entre agricultores. Esto sobre todo ha provocado la marginación más acentuada de agricultores poco viables en un contexto de competición internacional y de escaso apoyo estatal, que contrasta con la aparición de una clase semicapitalista de granjeros (autóctonos) más prósperos, con negocios en el comercio y el transporte, que han aprovechado muchas de las oportunidades presentadas por la liberalización y privatización (Amanor, 2005; Peters, 2006; Oya, 2001 y 2007; Ponte, 2002b; Baro y Batterbury, 2005; Raikes, 2000; Bryceson, 2000).

---

<sup>29</sup> El ajuste estructural ponía casi todo el acento sobre los precios (y la sobrevaloración de la moneda) como incentivos a los productores y criticaba anteriores intervenciones por extraer un excesivo margen del precio final a favor del Estado y los intereses «urbanos» (véase Schiff y Valdés, 1992, como ejemplo). El indicador que se solía usar era el de la proporción del precio al productor respecto al precio internacional de la mercancía. Este indicador conlleva muchos problemas metodológicos, sobre todo teniendo en cuenta que los costes de transacción (entre el agricultor y el mercado de importación) pueden ser muy elevados para el sector privado también, pero sobre todo muy variables entre países y regiones. El otro problema es que al centrarse en el precio en términos de proporciones se olvida que los precios internacionales también suben y bajan y una proporción mayor de un precio muy a la baja no es necesariamente un incentivo interesante para el productor. Esto ocurrió precisamente en el apogeo del ajuste desde mediados de los 80 cuando los precios reales al agricultor en muchos países se redujeron a pesar de recibir una mayor proporción del precio final de exportación.

<sup>30</sup> Véase también capítulo de Santamaría sobre comercio en este libro, para más detalles sobre las contradicciones de la desregulación de los mercados internos de alimentos.



Las consecuencias de este proceso varían de un lugar a otro pero se destacan tres tendencias: a) en pocos casos, hay una «retirada» hacia formas de producción menos orientadas al mercado (hacia la «autosubsistencia») que se han asociado a una creciente vulnerabilidad y marginación de familias rurales muy pobres; b) en la mayoría de casos, se ha verificado un proceso acelerado de «descampesinización» o «desagrarización» manifestado por una fuerte *diversificación* de las fuentes de ingresos (trabajo asalariado eventual o estacional, empleo no agrícola, ganadería, comercio, transporte, etcétera) entre la población rural<sup>31</sup>; c) una aceleración del éxodo rural que ha acabado por contribuir rápidamente a la expansión de las grandes aglomeraciones urbanas, sus caóticas y míseras periferias (especialmente en ciudades como Kinshasa, Lagos, Nairobi, Johannesburgo, Dakar y Abidján) y de las llamadas «ciudades secundarias», más articuladas con los espacios rurales circundantes.

La tendencia hacia la «desagrarización», aunque posiblemente se ha acelerado con la gradual implantación de un régimen agrario de corte neoliberal, no es sorprendente en términos históricos y es semejante a otros procesos de transición agraria, que por ejemplo se han acelerado con la industrialización en el continente asiático, donde la mayoría de la población rural ya no depende de su propia producción agrícola sino del acceso al empleo, con frecuencia en sectores rural no agrícolas (Rigg, 2006). Quizá el problema y la alarma que sueñan algunos autores que han hablado de la «descampesinización» es que este proceso tiene tintes de movimiento a la desesperada (Bryceson, 2000). En procesos anteriores de transición agraria, la salida de mano de obra del campo se dirigía a otros sectores *dinámicos* y «modernos», especialmente en las ciudades, donde esperaban empleos de variada calidad pero, al fin y al cabo, en sectores que iban creciendo al ritmo de la industrialización. En la coyuntura actual la preocupación radica en el hecho de que esta tendencia se da al mismo tiempo que existe un proceso de desindustrialización y crisis de los sectores de empleo formal urbano, también como resultado del ajuste estructural industrial y la liberalización del comercio exterior. Por tanto, la diversificación de fuentes de rendimiento se realiza fundamentalmente en la esfera de la economía informal menos organizada y más precaria, y cuyo aparente dinamismo (por la movilidad y «supervivencia» de la gente) es engañoso.

## La «globalización agrícola» y su impacto en África

Uno de los desafíos principales a los que se enfrentan los agricultores (pobres y ricos, pequeños y grandes, familiares o capitalistas) es el del impacto de la globalización sobre la agricultura a escala mundial y el surgimiento rápido de las llamadas «cadenas

---

<sup>31</sup> Ha habido una explosión de la literatura sobre este tema, que se ha extendido también a otros contextos en Asia y América Latina, donde el fenómeno está más consolidado y comenzó antes. Referencias básicas son Bryceson (2000), Reardon (1997), Rigg (2006), Ponte (2002b), Baro y Batterbury (2005), entre muchos otros. Reardon (1997) revisa una serie de estudios que estiman que entre un 40% y un 80% de los ingresos rurales dependen de actividades no relacionadas con la agricultura por cuenta propia (*off farm employment*). Wiggins (2000) también corrobora estos datos con otros estudios.

de valor» (*global value/commodity chains*), normalmente controladas por redes transnacionales de distribución comercial basadas en Europa y EE.UU. Este tema ya se trata con cierta profundidad en el capítulo de Santamaría sobre comercio pero conviene terminar este capítulo de agricultura con algunas reflexiones adicionales sobre este nuevo contexto al que se enfrentan los agricultores africanos dedicados a la exportación.

Con la liberalización interna y externa y la retirada del Estado en muchos países subsaharianos se produjo un periodo de transición en el que la distribución de productos y suministros agrícolas dependió de un sector privado local reducido y con escasos medios en unos mercados caracterizados por la volatilidad y la incertidumbre. Con el tiempo, en algunos países se empezó a notar la penetración de las cadenas globales de valor. Gibbon y Ponte (2005) ofrecen una explicación detallada de estos cambios que han ido afectando a la mayoría de países africanos desde hace más de diez años. Actualmente buena parte del comercio internacional de productos tropicales y de alimentos está fuertemente concentrado y dominado por diferentes actores, según el producto (véase capítulo sobre comercio en este libro). En el caso de varios productos agrícolas perecederos son las grandes redes de distribución («grandes superficies») como Carrefour, Tesco o Sainsbury las que han ido acaparando más cuotas de mercado e influyendo los sistemas de distribución hasta el lugar de producción. Cada vez más estas grandes empresas dominan cadenas de valor de productos que tienen origen en África. Pero sin duda, la tendencia principal ha sido la importancia adquirida por los controles y normas de calidad e higiene para las importaciones agrícolas desde países en desarrollo<sup>32</sup>. El valor de los productos derivados de la agricultura y sus precios al consumidor dependen cada vez más del etiquetado, empaquetado y la reputación de la marca (*branding*), donde se concentra el grueso del valor del producto (Maertens y Swinnen, 2007). Por tanto cada vez más normas y «etiquetas» (incluyendo denominaciones de origen, garantías de respeto al medio ambiente, de las condiciones de trabajo en las plantaciones, etcétera) se han ido requiriendo para una amplia gama de productos provenientes de África (Gibbon y Ponte, 2005; Stevens y Kennan, 2000).

Ha habido cierto pesimismo en círculos africanistas porque estos requisitos tan exigentes y fuera del alcance de millones de agricultores sin recursos han coincidido con el desmantelamiento de las agencias estatales que hasta la liberalización velaban, bien o mal, por la calidad del producto vendido por los agricultores locales. Estos servicios se han ido privatizando y, en consecuencia, se han tornado inaccesibles para la masa de pequeños productores pobres que, de este modo, han perdido opciones de colocar sus productos en los mercados más exigentes (y lucrativos) y se ven abocados a vender la producción a comerciantes locales que les pagan una fracción del precio final con la excusa de la baja calidad y falta de mercado.

Pero hay excepciones que coinciden con los casos en que ha habido una mejor adaptación a las nuevas exigencias de la globalización. Por ejemplo, allá donde las agencias paraestatales han sobrevivido de alguna manera después de varias reformas inter-

---

<sup>32</sup> Estas normas son frecuentemente impuestas por gobiernos o sistemas de arancel común, como en la UE. Sin embargo, cada vez más son las propias empresas dominadoras de las cadenas de valor las que añaden sus propias normas como parte de su diferenciación de producto (Gibbon y Ponte 2005).

nas, la situación es algo diferente, como es el caso de Ghana, donde la antigua organización estatal de comercialización ha sido sustituida por la Compañía de Comercialización Cocobod (CCC), agencia de carácter paraestatal que se encarga de mantener los controles de calidad y realizar directamente las exportaciones. Aunque la comercialización interior se ha privatizado, los comerciantes deben someterse a los rigurosos controles de calidad establecidos por la CCC, cuya intervención asegura además que se paga un precio mínimo, acordado antes de la campaña entre productores y funcionarios de la CCC (Fold, 2002, p. 231). También hay casos positivos allá donde los plantadores obtienen mejores precios en los países en que tiene representación en las instituciones comerciales actuales, que han sustituido a las antiguas (Coe, 2006, p. 2089). La preservación de algunos medios de regulación también se relaciona en Kenia con el mantenimiento de unos niveles de calidad, que como en el caso de Ghana, sirven para obtener un precio más elevado en función de las excelentes cualidades del producto. En Kenia tampoco han desaparecido ni las cooperativas que se encargan del procesamiento inicial, ni la agencia estatal que se encarga de las subastas del café, quienes velan por el mantenimiento de unas características específicas que revalorizan la comercialización del café tipo «arábiga» producido en el país (Ponte, 2002a, p. 263).

Una de las experiencias recientes de mayor éxito tiene que ver con la entrada de las grandes cadenas verticales de valor en contextos donde la retirada del Estado ha dejado vacíos importantes o allá donde no se habían desarrollado determinados subsectores agrícolas. Se trata del crecimiento espectacular (en algunos países) de la producción y exportaciones de productos hortícolas, frutas tropicales, cítricos, y flores. La demanda internacional de estos productos, aunque cada vez más exigente en términos de calidad y otros requisitos, ha crecido enormemente y las cadenas transnacionales de distribución se han dirigido hacia países en desarrollo como proveedores. En África esta producción ha tenido un éxito sin precedentes en países que ya tenían una tradición al respecto, como Kenia, y le han seguido países como Zambia, Sudáfrica (que ya tenía cuotas de mercado hace años), Mozambique, Costa de Marfil, Senegal, Tanzania y Etiopía (véase cuadro 1). En general, este tipo de producción se ha concentrado en pocos exportadores (capitalistas) nacionales o extranjeros con suficientes recursos y tecnología para alcanzar la calidad exigida, con lo que los beneficios principales se han manifestado en forma de creación de empleos permanentes, estacionales y eventuales donde las mujeres han tenido una presencia importante (Maertens y Swinnen, 2007; Dolan y Sutherland, 2002; Weeks *et al.*, 2006; Stevens y Kennan, 2000). Hay casos de éxito a través de «esquemas de fomento» en los que empresas exportadoras o los propios compradores organizan y coordinan a miles de pequeños agricultores a los que les dan todos los medios para alcanzar los niveles de calidad exigidos<sup>33</sup>.

En conclusión, éstas y otras experiencias recientes demuestran que algunos países africanos están en condiciones de aprovechar algunas de las oportunidades abiertas por la globalización, pero también manifiestan las crecientes dificultades (y probable

---

<sup>33</sup> No obstante, a medida que las normas se tornan más exigentes este tipo de esquemas resulta menos atractivo y por tanto se tiende a un modelo de plantación controlada directamente por exportadores capitalistas o incluso por las empresas de distribución. Véase Maertens y Swinnen (2007) para el caso paradigmático de Senegal.

inviabilidad) para una agricultura fundada en miles o millones de pequeños agricultores esparcidos y con pocos recursos para invertir<sup>34</sup>. Así, en la coyuntura actual, el fenómeno de «desagrarización» o éxodo rural es susceptible de continuar así como ocurrió en todos los procesos históricos de transición agraria. Por tanto, el desafío está en las estrategias necesarias para crear salidas de empleo más estable y decente en otros sectores así como en las medidas necesarias para los casos de éxito apuntados arriba se multipliquen y más empleo agrario de calidad se vaya creando allá donde el potencial de producción agrícola de calidad es evidente. Esto supone en suma un desafío particularmente importante para los Estados africanos, que tienen que superar la caótica experiencia de la liberalización de los 80 y 90 y recuperar espacios de intervención con estrategias adecuadas al nuevo contexto internacional.

## Bibliografía

- AMANOR, K. S. (2005), «Agricultural Markets in West Africa: Frontiers, Agribusiness and Social Differentiation», *IDS Bulletin* 36, 2, pp. 58-62.
- AUSTIN, G. M. (2005), *Land, Labour and Capital in Ghana*, Rochester, NY, University of Rochester Press.
- BARO, M. y BATTERBURY, S. (2005), «Land-based Livelihoods», en B. Wisner, C. Toulmin y R. Chitiga (eds.), *Towards a New Map of Africa*, Londres, Earthscan, pp. 53-70.
- BARRETT, C. B., BEZUNEH, M., CLAY, D. C. y REARDON, T. (2001), *Heterogeneous Constraints, Incentives and Income Diversification Strategies in Rural Africa*, Department of Applied Economics and Management Working Paper, WP 2001-25, Ithaca, Cornell University.
- BASSETT, T. J. (2001), *The Peasant Cotton Revolution in West Africa: Côte d'Ivoire, 1880-1995*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BERNSTEIN, H. (2004), «Considering Africa's Agrarian Questions», *Historical Materialism* 12, 4, pp. 115-144.
- BERRY, S. (1984), «The Food Crisis and Agrarian Change in Africa: a Review Essay», *African Studies Review* 27, 2.
- (1993), *No Condition is Permanent: The Social Dynamics of Agrarian Change in Sub-Saharan Africa*, Wisconsin, University of Wisconsin Press.
- BERTHELEMY, J. C. y MORRISON, C. (1989), *Agricultural Development in Africa and the Supply of Manufactured Goods*, París, OECD.
- BRYCESON, D. (2000), «African Peasants' Centrality and Marginality: Rural Labour Transformations», en D. Bryceson, C. Kay y J. Mooij (eds.), *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, Londres, ITDG Publishing, pp. 37-63.
- COE, C. A. (2006), «Farmer Participation in Market Authorities of Coffee Exporting Countries», *World Development* 34, 12, pp. 2.089-2.115.

---

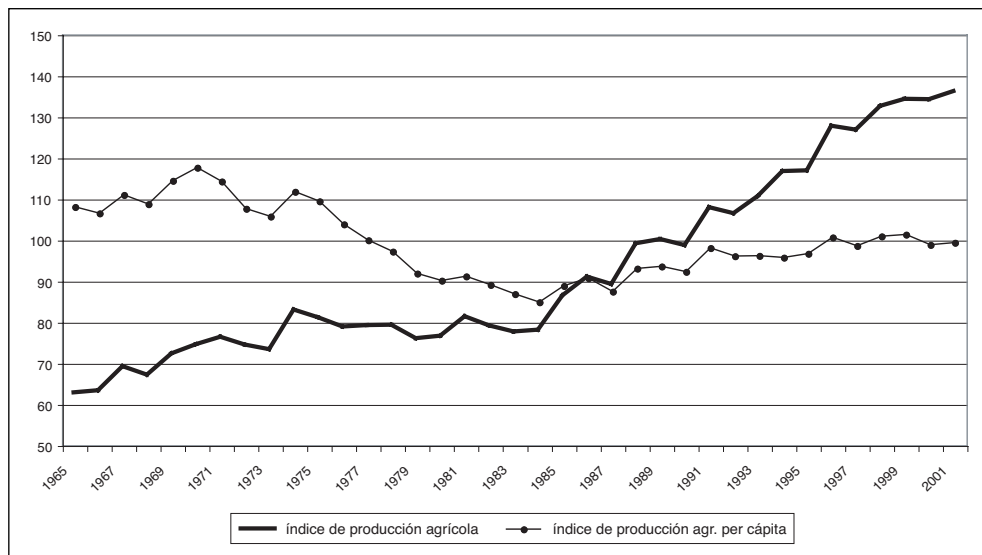
<sup>34</sup> Sobre las posibilidades de réplica del modelo de exportaciones agrícolas «no tradicionales» de Kenia véase Minot y Ngigi (2004).

- COPANS, J. (1980), «From Senegambia to Senegal: the Evolution of Peasantries», en M. A. Klein (ed.), *Peasants in Africa: Historical and Contemporary Perspectives*, Beverly Hills, CA, Sage.
- DERCON, S. y AYALEW, L. (1995), «Smuggling and Supply Response: Coffee in Ethiopia», *World Development* 23, 10, pp. 1.795-1.813.
- DEVEREUX, S. (2001), «Famine in Africa», en S. Devereux y S. Maxwell (eds.), *Food Security in Sub-Saharan Africa*, Londres, ITDG, pp. 117-148.
- (2002), *State of Disaster: Causes, Consequences and Policy Lessons from Malawi*, Action Aid report, Malawi.
- DJURFELT, G. y JIRSTROM, M. (2002), «Asian models of agricultural development and their relevance to Africa», paper for the Advisory Group and Sensitising Workshop «African Food Crisis – the relevance of Asian models», Lund University.
- DOLAN, C. y SUTHERLAND, K. (2002), *Gender and employment in the Kenya horticulture value chain*, Globalisation and Poverty Discussion Paper No.8, Globalisation and Poverty Research Programme, Institute of Development Studies, Brighton.
- DORWARD, A., KYDD, J., MORRISON, J. y UREY, I. (2004), «A Policy Agenda for Pro-Poor Agricultural Growth», *World Development* 32, 1, pp.73-89.
- ELLIS, F. y BIGGS, S. (2001), «Evolving Themes in Rural Development 1950s-2000s», *Development Policy Review* 19, 4, pp. 437-448.
- FOLD, N. (2002), «Lead Firms and Competition in Bi-polar Commodity Chains: Grinders and Branders in the Global Cocoa-chocolate Industry», *Journal of Agrarian Change* 2, 2, pp. 228-247.
- GABRE-MADHIN, E. Z. y HAGGBLADE, S. (2004), «Successes in African Agriculture: Results of an Expert Survey», *World Development* 32, 5, pp. 745-766.
- GHAI, D. y RADWAN, S. (eds.) (1983), *Agrarian Policies and Rural Poverty in Africa*, Ginebra, OIT.
- (1983), «Agrarian change, differentiation and rural poverty in Africa: a general survey», en D. Ghai y S. Radwan (eds.), *Agrarian policies and rural poverty in Africa*, Ginebra, OIT, pp. 1-30.
- GIBBON, P., HAVNEVIK, K. J. y HERMELE, K. (1993), *A Blighted Harvest: The World Bank and African Agriculture in the eighties*, Londres, James Currey.
- GIBBON, P. y PONTE, S. (2005), *Trading Down: Africa, Value Chains, and the Global Economy*, Filadelfia, Temple University Press.
- GOETZ, S. (1993), «Interlinked Markets and the Cash Crop: Food Crop Debate in Land-Abundant Tropical Agriculture», *Economic Development and Cultural Change* 41, 2, pp. 343-361.
- GUYER, J. (ed.) (1987), *Feeding African Cities*, Londres, I.A.I.
- HARRIGAN, J. (2003), «U-Turns and Full Circles: Two Decades of Agricultural Reform in Malawi 1981-2000», *World Development* 31, 5, pp. 847-863.
- HILL, P. (1968), «The Myth of the Amorphous Peasantry: A Northern Nigerian Case Study», *Nigerian Journal of Economic and Social Studies* 10, pp. 239-260.
- HILL, P. (1970), *Studies in Rural Capitalism in West Africa*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HOPKINS, A. G. (1973), *An Economic History of West Africa*, Londres, Longman.

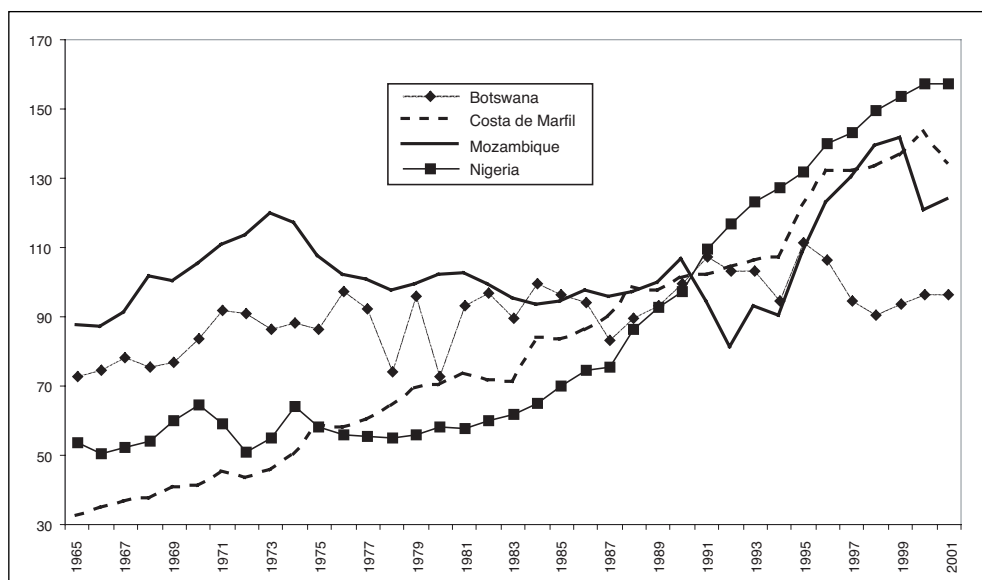
- GUYER, J. (1997), *An African Niche Economy: Feeding Ibadan 1968-88*, Londres, Edinburgh University Press for the International African Institute.
- JAYNE, T. S., YAMANO, T., WEBER, M., TSCHIRLEY, D., BENFICA, R., CHAPOTO, A. y ZULU, B. (2003), «Smallholder income and land distribution in Africa: implications for poverty reduction strategies», *Food Policy* 28, pp. 253-275.
- KARSHENAS, M. (2001), «Agriculture and economic development in sub-Saharan Africa and Asia», *Cambridge Journal of Economics* 25, pp. 315-342.
- KHERALLAH, M., DELGADO, C., GABRE-MADHIN, E., MINOT, N. y JOHNSON, M. (2002), *Reforming Agricultural Markets in Africa*, Londres y Nueva York, John's Hopkins.
- KITCHING, G. (1980), *Class and Economic Change in Kenya: the Making of an African Petite-Bourgeoisie*, New Haven, Yale University Press.
- (1989), *Development and Underdevelopment in Historical Perspective*, Londres, Routledge.
- LELE, U. y CHRISTIANSEN, R. E. (1989), «Markets, Marketing Boards, and Cooperatives in Africa: Issues in Adjustment Policy», MADIA Discussion Paper n. 11, Washington DC, Banco Mundial.
- MAERTENS, M. y SWINNEN, J. F. M. (2007), «Trade, Standards and Poverty: Evidence from Senegal», *LICOS Discussion Papers*, n. 177 Katholieke Universiteit Leuven, Bélgica.
- MAMDANI, M. (1987), «Extreme but not Exceptional: Towards and Analysis of the Agrarian Question in Uganda», *Journal of Peasant Studies* 14, 2, pp. 191-225.
- MAXWELL, S. (2001), «Agricultural issues in food security», en S. Devereux y S. Maxwell (eds.) *Food security in Sub-Saharan Africa*, cit., pp. 32-66.
- MEILLASSOUX, C. (1978), «The social organization of the peasantry: the economic basis of kinship», en D. Seddon (ed.), *Relations of Production: Marxist Approaches to Economic Anthropology*, Londres, Frank Cass, pp. 159-170.
- MINOT, N. y NGIGI, M. (2004), *Are horticultural exports a replicable success story? Evidence from Kenya and Côte d'Ivoire*, EPTD Discussion Paper No.120 and MTID Discussion Paper No.73, International Food Policy Research Institute, Washington, D.C.
- MUNTEMBA, M. S. (1980), «Regional and social differentiation in Broken Hill Rural District, Northern Rhodesia 1930-64», en *Peasants in Africa*, cit.
- OYA, C. (2001), «Large- and Middle-scale Farmers in the context of liberalization and structural adjustment in Senegal», *Journal of Agrarian Change* 1, 1, pp. 124-163.
- (2005), «Sticks and Carrots for Farmers in Developing Countries: Agrarian Neoliberalism in Theory and Practice», en A. Saad-Filho y D. Johnston (eds.), *Neoliberalism: A Critical Reader*, Londres, Pluto Press, capítulo 14.
- (2007), «Agricultural Mal-Adjustment in Africa: What Have We Learned After Two Decades of Liberalisation?», *Journal of Contemporary African Studies* 25, 2 (mayo), pp. 275-297.
- PARDEY, P. G., ROSEBOOM, J. y BEINTEMA, N. M. (1997), «Investments in African Agricultural Research», *World Development* 25, 3, pp. 409-423.
- PETERS, P. (2004), «Inequality and Social Conflict Over Land in Africa», *Journal of Agrarian Change* 4, 3, pp. 269-314.

- PETERS, P. (2006), «Rural income and poverty in a time of radical change in Malawi», *Journal of Development Studies* 42, 2, pp. 322-345.
- PONTE, S. (2002a), «Brewing a Bitter Cup? Deregulation, Quality and the Re-organization of Coffee Marketing in East Africa», *Journal of Agrarian Change* 2, 2, pp.248-272.
- (2002b), *Farmers and Markets in Tanzania: How Policy Reforms Affect Rural Livelihoods in Africa*, Londres, James Currey.
- RAIKES, P. (2000), «Modernization and Adjustment in African Peasant Agriculture» en *Disappearing Peasantries?*, cit., pp. 64-80.
- REARDON, T. (1997), «Using Evidence of Household Income Diversification to Inform Study of the Rural Nonfarm Labor Market in Africa», *World Development* 25, 5, pp.735-747.
- RIGG, J. (2006), «Land, Farming, Livelihoods, and Poverty: Rethinking the Links in the Rural South», *World Development* 34, 1, pp. 180-202.
- RUF, F. (1995), *Booms et crises du cacao*, París, Karthala.
- SCHIFF, M. y VALDÉS, A. (1992), *The Political Economy of Agricultural Pricing Policy: Volume 4, A Synthesis of the Economics in Developing Countries*, Londres, Johns Hopkins University Press.
- SENDER, J. y SMITH, S. (1986), *The Development of Capitalism in Africa*, Londres, Methuen.
- (1990), *Poverty, class and gender in rural Africa: A Tanzanian case study*, Londres, Routledge.
- SENDER, J. (1999), «Africa's economic performance: limitations of the current consensus», *Journal of Economic Perspectives* 13, 3, pp. 89-114.
- SENDER, J. y JOHNSTON, D. (2004), «Searching for a Weapon of Mass Production in Rural Africa: Unconvincing Arguments for Land Reform», *Journal of Agrarian Change* 4, 1&2, pp. 142-164.
- SHATZ, S. P. (1986), «African Food Imports and Food Production: an Erroneous Interpretation», *Journal of Modern African Studies* 24, 1, pp. 177-178.
- STEVENS, C. y KENNAN, J. (2000), «Will Africa's participation in horticulture chains survive liberalisation?», *IDS Working Paper* 106.
- SWINDELL, K. (1985), *Farm Labour*, Cambridge, Cambridge University Press.
- UNCTAD (1998), *Trade and Development Report*, Part Two, Ginebra.
- VON BRAUN, J. y KENNEDY, E. (1986), «Commercialization of Subsistence Agriculture: Income and Nutritional Effects in Developing Countries», International Food Policy Research Institute (IFPRI), Working Papers on Commercialization of Agriculture and Nutrition, No. 1.
- WEEKS, J., CHISALA, V., DAGDEVIREN, H., GEDA, A., MCKINLEY, T., OYA, C. y SAAD-FILHO, A. (2006), *Economic Policies for Growth, Employment and Poverty Reduction. Case Study of Zambia*, Lusaka, PNUD.
- WIGGINS, S. (2000), «Interpreting Changes from the 1970s to the 1990s in African Agriculture through Village Studies», *World Development* 28, 4.
- WIDNER, J. A. (1993), «The Origins of Agricultural Policy in Ivory Coast 1960-86», en A. Varshney (ed.), *Beyond Urban Bias*, Londres, Frank Cass, pp. 35-68.

## Anexo estadístico

**Gráfico 1. Producción agrícola agregada y per cápita: índices 1965-2002**

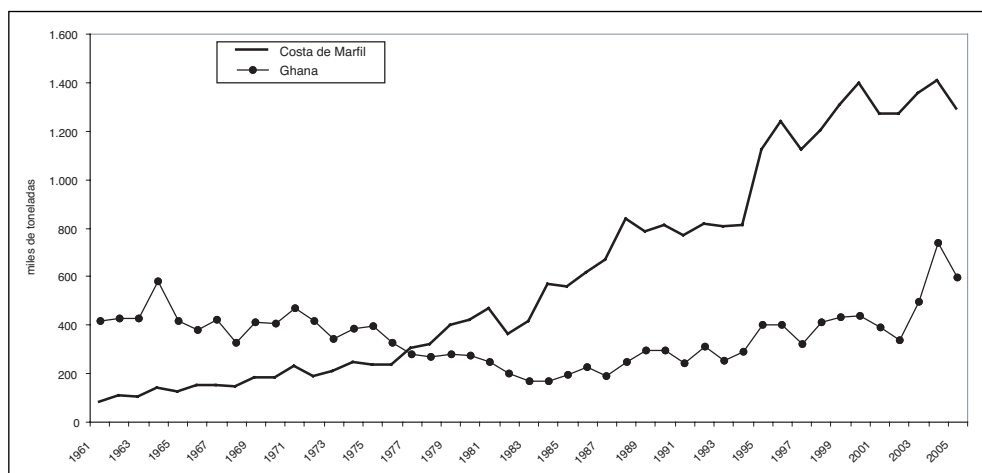
Fuente: elaboración propia a partir de Banco Mundial y FAOSTAT.

**Gráfico 2. Tendencias contrastadas de producción agrícola por países**

Fuente: elaboración propia a partir de FAOSTAT.

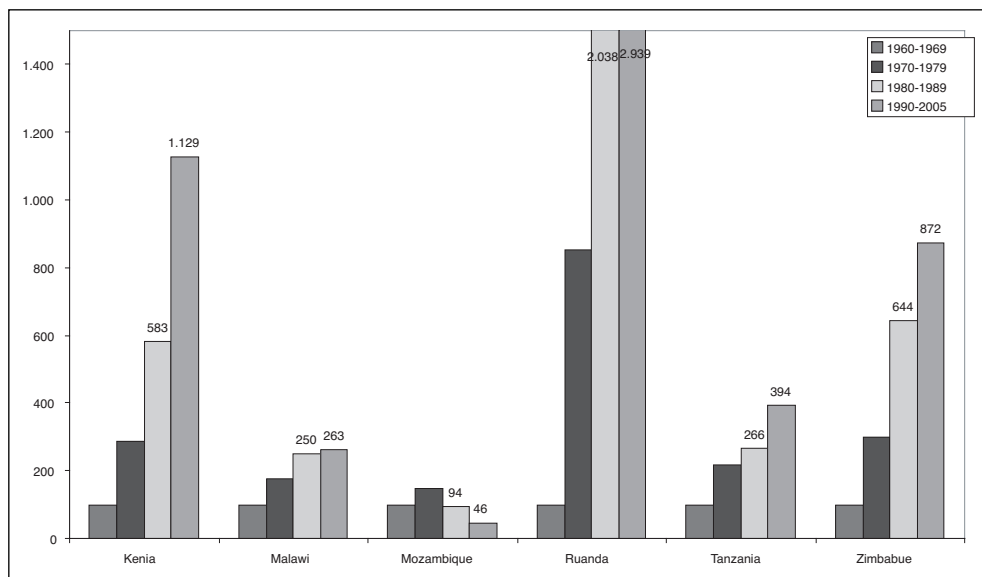


**Gráfico 3. Producción de cacao: Ghana vs Costa de Marfil**



Fuente: elaboración propia a partir de FAOSTAT.

**Gráfico 4. Productores principales de té: crecimiento y contrastes  
Índices de producción, 1960-1969=100**



Fuente: elaboración propia a partir de FAOSTAT.

**Cuadro 1. Crecimiento de la producción hortícola  
(índices de producción 1980=100)**

	Costa de Marfil	Kenia	Sudáfrica	Zambia
1 1960-1969	48	60	66	62
2 1970-1979	69	79	85	83
3 1980-1989	118	114	113	114
4 1990-2002	188	299	128	127
<i>ratio 4/1</i>	<i>3,9</i>	<i>5,0</i>	<i>1,9</i>	<i>2,0</i>

*Fuente:* cálculos propios a partir de datos de FAOSTAT.

**Cuadro 2. Exportación de café (miles de Tnm)**

	1980	1985	1990	1995	2000	2003
África SS	892	972	1.093	785	930	555
Kenia	80	105	112	89	87	63
Tanzania	43	44	61	48	54	46
Uganda	110	152	141	169	143	–
Etiopía	76	68	66	77	119	136
Burundi	19	34	34	29	22	24
Ruanda	22	34	46	8	13	14
Costa de Marfil	207	241	232	135	308	119
Camerún	92	101	158	63	89	53
Madagascar	69	42	48	35	5	5
Angola	45	19	5	2	3	1
R.D. Congo	74	66	102	60	29	6

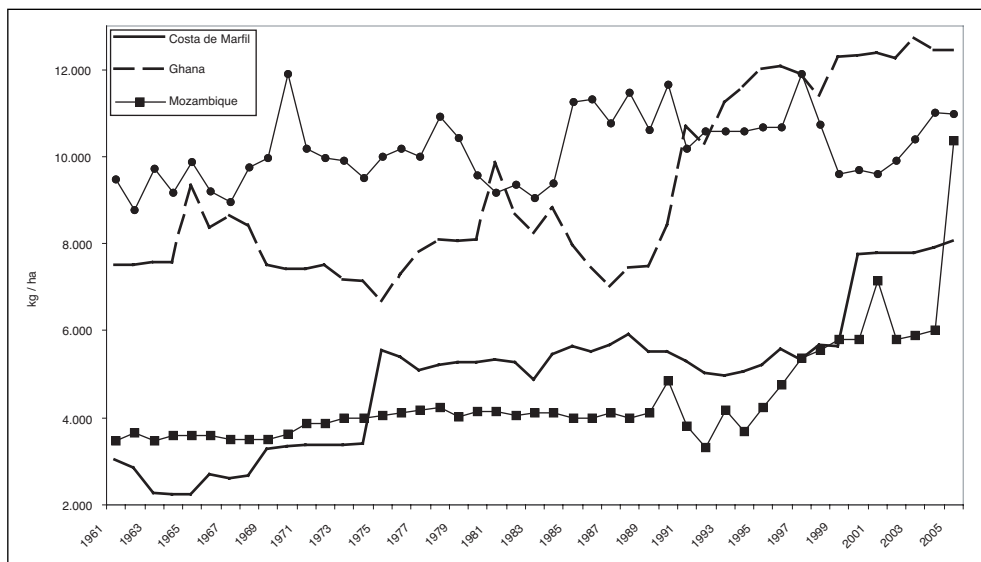
*Fuente:* African Development Indicators 2005.

**Cuadro 3. Exportaciones de cacao (miles de Tnm)**

	1980	1985	1990	1995	2000	2003
África SS	718	852	1.188	1.198	1.807	1.746
Costa de Marfil	332	503	760	795	1.257	1.158
Ghana	218	188	270	253	405	392
Nigeria	151	116	130	139	145	241
Camerún	105	96	119	120	101	151

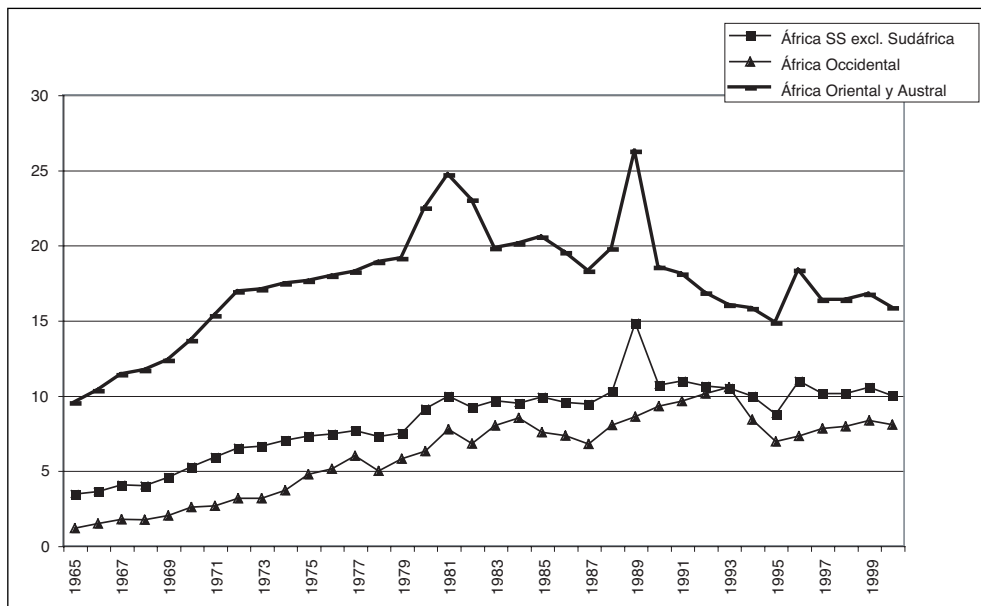
*Fuente:* African Development Indicators 2005.

**Gráfico 5. Evolución de los rendimientos físicos de la mandioca por países, 1961-2005**



Fuente: elaboración propia a partir de FAOSTAT.

**Gráfico 6. Tendencias en el consumo de fertilizantes por regiones (kg/ha)**



Fuente: elaboración propia a partir de Banco Mundial.